



CÉSAR VALLEJO

Poesía completa



QUITO-ECUADOR

Las aventuras de Pinocho
Carlo Collodi ©

Ilustraciones: Carlo Chiostrì

Primera Edición-CCE-2022
ISBN: 978-9942-34080



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

pretérito
←————→
▶ COLECCIÓN ◀
mañana

PRÓLOGO

La colección Pretérito Mañana atesora las obras icónicas de la lengua castellana de todos los tiempos. Derruye, a la vez, la perspectiva limitada de la soberanía geográfica, serpenteando entre continentes, países y épocas, a la búsqueda de los libros que nos transfiguran.

Pretérito Mañana recrea la experiencia propiciada por los libros que alteraron nuestro pensamiento sensible. Aquellas páginas, desperdigadas entre siglos de escritura, han construido la visión colectiva de la historia y la genealogía del individuo. En vista de su actualidad continua, establecen el fundamento del que se nutren las raíces de la sabiduría.

En la colección, de igual forma, se presentará una panorámica de los clásicos ecuatorianos, sin que haya una distinción marcada entre lo foráneo y lo autóctono, puesto que así se enhebra una perspectiva universal.

La Casa de las Culturas abre esta colección con la *Poesía Completa* de César Vallejo, la cual se publica por primera ocasión en la CCE, y es la antesala de la renovación. El momento es idóneo para cuartear los prejuicios, que han encapsulado nuestras letras en un pandemio autorreferencial.

Vallejo es uno de esos casos inverosímiles en los que el artista es un observador minucioso de su tiempo, a la vez que un adelantado estético; se conjugaban en él la anónima figura del ciudadano latinoamericano –de clase media– y el hombre común, atemporal, enfrentado a su destino de un modo trágico: «Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde/ yo nunca dije que me trajeran».

Su aspecto; flemático y lívido, demostraba un ser callado, poseedor de un espíritu que simulaba estar ausente, esa misma aura singular parecía delimitar las fronteras de las palabras y las cosas que lo envolvían. Su incontenible curiosidad introspectiva y su vehemente preocupación social (por lejanas que éstas pudieran parecer) lo llevaron a desarrollar un lenguaje afectado, realista y directo, pero —por sobre todas las cosas— propio. Tal como Dante, Maquiavelo, Kafka u Orwell nos entregaron epónimos que únicamente pueden describir situaciones límite, después de Vallejo, el dolor solamente puede ser *vallejano*:

«Hay un vacío/ en mi aire metafísico/ que nadie ha de palpar:/ el claustro de un silencio/que habló a flor de fuego».

Escribió un libro misterioso, críptico e inclasificable: *Trilce*, donde el idioma es descuartizado y tantea, casi a ciegas, sus límites, donde cada verso puede ser metafísico, caótico, revolucionario o simplemente bella e inusualmente insignificante «Grupo dicotiledón. Oberturan/ desde él petreles, propensiones de trinidad, / finales que comienzan, ohs de ayes / creyérase avaloriados de heterogeneidad». En su última poesía, la más madura y profunda, su característico dolor reaparece bañado, esta vez, con un humor negro, sereno y lleno de presagios, sin engeguocer, ni un ápice, su lucidez: «En suma, no poseo para expresar mi vida, sino mi muerte. /Y, después de todo, al cabo de la escalonada naturaleza y del gorrión en bloque, me duermo, mano a mano con mi sombra».

Murió bajo uno de estos presagios, «(...)en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo», enterrado en un océano de nieve y ahogado en desesperación, una desesperación humana, tan humana que no pudo dejar de extenderse hasta nosotros para invadir —por completo— nuestro tiempo.

Fondo Editorial CCE

EL LENGUAJE DE CÉSAR VALLEJO

César Vallejo fue un intérprete de la angustia del hombre contemporáneo, asediado por todos los peligros de una sociedad fundada en la usurpación del poder político y económico. La trayectoria de Vallejo comenzó en *Los Heraldos Negros*, libro de poesía directa, amarga, llena de alusiones a la vida cotidiana y a las costumbres de indios y mestizos de su tierra natal. En la evocación de cosas y personajes locales, el poeta acierta con el matiz típico: la «alegre procesión de luces», el arriero «fabulosamente vidriado de sudor», el «Romero rural», la «carreta que lleva una emoción de ayuno», el suertero que vende los billetes de lotería y que «contiene no sé qué fondo de Dios».

Tiempo después, en una celda donde estuvo encarcelado por su actividad política, Vallejo escribió los poemas de su segundo libro, *Trilce*, en un lenguaje enigmático, en cuyos peldaños inicia su ascensión a la esfera de la poesía trascendental. No obstante su actitud de insurgencia permanente contra las injusticias sociales y la solidaridad con las clases oprimidas, el poeta no consintió en introducir en su poesía los fáciles elementos del proselitismo político. En un artículo que publicó en 1928 —recogido después en su libro *Literatura y Arte*— decía: «cuando Haya de la Torre me subraya la necesidad de que los artistas ayuden con sus obras a la propaganda revolucionaria en América, le repito que, en mi calidad genérica de hombre, encuentro su exigencia de gran giro político y simpatizo sinceramente con ella, pero en mi calidad de artista no acepto ninguna consigna a propósito propio o extraño que aún respaldándose de la mejor buena intención, someta mi libertad estética al servicio de tal o cual propaganda política».

Era la época en que se difundía por los países sudamericanos la doctrina de la incorporación del indio a la vida nacional y florecían las enseñanzas de la Revolución Rusa. En las regiones de numerosa población india aparecieron los poetas indigenistas. En el Perú y Bolivia se llegó al extremo de dar cabida en el poema a locuciones en lengua quechua, lo que circunscribió la poesía a ámbitos limitados dentro de la misma clase social que se pretendía redimir.

Vallejo llevó hasta el grado más alto al despojamiento verbal, sometiendo el lenguaje a leyes personales; hasta crear un mundo

lingüístico diferente del acostumbrado. ¿Ese lenguaje fue fruto de una lesión traumática, originada por la miseria desesperada de su existir, o fue, como dice el profesor Monguió, una «rebelión expresiva» producida por la insurgencia del poeta ante la injusticia social? No se ha encontrado aún la respuesta explicativa del fenómeno. En todo caso, si Sor Juana Inés de la Cruz fue una «mártir del lenguaje», en el plano del contenido de la poesía vallejana, esplenden las virtudes de Hispanoamérica: el sentimiento intenso de lo humano, la pasión por la justicia, la solidaridad con los que sufren, el amor a las cosas, el ejercicio de la amistad. El primero de estos sentimientos, que se tradujo en amor a la familia, en los libros iniciales de Vallejo, gradualmente se transforma en amor a todos los oprimidos del mundo que, al desaparecer los seres queridos, forman la inmensa familia del poeta.

Durante toda su vida atormentada, Vallejo llevó consigo su aldea natal, desolada y polvorienta, cuya imagen descarnada y ascética, desprovista de color y evocadora de la muerte, se refleja en su obra.

A Vallejo «le dolía en sus huesos la arcilla viejísima de la cordillera» y los riscos y guijarros andinos se copiaban en su lenguaje pedregoso. Sus expresiones son algo incoherentes, desarticuladas, pero llenas de elocuencia conmovedora. Es un lenguaje que se podría llamar «visceral».

29 de junio 1978
Jorge Carrera Andrade

Artículo publicado en el diario *El Comercio* de Quito¹

1 Este artículo fue condensado y adaptado de uno previo, titulado: «Poesía y Sociedad en Hispanoamérica; una visión de la poesía en español», publicado en *Revista Iberoamericana*, XXXIII (1972), pp. 31-45, recogido por Saul Sosnowski en el libro *Lectura Crítica de la Literatura Americana (La Formación de las culturas nacionales)*, Editorial Biblioteca Ayacucho, 1996. Pp. 9-21

CÉSAR VALLEJO EN MADRID*

Dasso Saldívar, buceando en los archivos del desaparecido Heraldo de Madrid, rescató esta curiosa entrevista que César González-Ruano publicó el 27 de enero de 1931.

Alguna vez escribiré un libro titulado *Jefe de andenes*, para acusar recibo de todos los grandes, pequeños y medianos hombres que vienen a *L'Espagne*. En estos días, dos poetas: después de Vicente Huidobro, que quedó reseñado en nuestro HERALDO, César Vallejo, peruano de raza pasado por París.

Tenía viva curiosidad por conocer a este César Vallejo. «Ciap» ha lanzado hace poco una reedición de *Trilce*, su libro de poemas, que ya era famoso en los nuevos decamerones.

Y he aquí que se produce el milagro kilométrico, porque el viaje de un poeta siempre tiene mucho de milagro y lo anuncian en las ciudades los cambios de temperatura, por consonancia con la literatura. ¡Conmoveror!

Ha llegado el indefinible Vallejo. Yo recuerdo unas palabras del nuevo libertador de América, Carlos Mariátegui, que nos explicaba cómo el ultraísmo, el creacionismo, el superrealismo y todos los «ismos» son elementos anteriores en él, dentro del panorama de su sueño; elementos, en suma, que no permiten catalogarle tampoco en ninguna escuela. Así lo creo yo también. Asombra su autoctonismo y los lejanísimos mares, las remotas palabras que le sirven a este hombre desinteresado de partidos político-literarios para construir un poema con el mismo sentido personal y directo que las flores producen su olor. César Vallejo aprisiona en *Trilce* la precisión como principal elemento poético. Sus versos me dieron, cuando los conocí, la impresión de una angustia sin la cual no concibo al verdadero poeta. Su desgarramiento por lograr la verdad —su verdad— me pareció terrible.

A otra cosa y otra cosa: la gracia de su cultura. Desde la primera poesía comprendí que no era el montañés peruano que me querían presentar algunos, creyendo favorecerle con la simulación de un poeta adánico, cazado en lazo de auroras en la serranía donde él comía soles, ignorando que sus zapatos eran de charol. No, no. ¡No! Yo veía en él las conchas de la experiencia, la cultura del sufrimiento, la fosfatina poética convertida en la mermelada del hombre de los grandes hoteles de la tierra, que

sabe que la Luna no tiene nada que ver con la Luna de Montparnasse. Un hombre, en fin, que sabía pelar la naranja de sus versos sin poner los dedos en ella. He aquí que ahora, traído por el gran Pablo Abril de Vivero, el fundador de Bolívar, el excelente escritor, a cuya labor americana en España se debe mucho más de lo que se aprecia, que tengo frente a mí a César Vallejo. ¿Cómo es César Vallejo?

Duros y picudos soles le han acuchillado el rostro hasta dejarlo así: finamente racial, como el de un caballerito criollo del Virreynato, que con espuela de plata fuera capaz de hacer correr el caballo de Juanita y espantarle en Rívoli. Mazos de pensamiento sacaron su frente y hundieron sus ojos, a los que la noche daba el «kool» de quienes suspiran más hacia dentro que los demás. Este hombre, muy moreno, con nariz de boxeador y gomina en el pelo, cuya risa tortura en cicatrices el rostro, habla con la misma precisión que escribe, y no os espantará demasiado si os juro que en el café se quita el abrigo y lo duerme en la percha.

— César Vallejo, ¿a qué viene usted?

— *Pues a tomar café.*

— ¿Cómo comenzó a tomar café en su vida?

— *Publiqué mi primer libro en Lima. Una recopilación de poemas: Heraldos negros. Fue el año 1918.*

— ¿Qué cosas interesantes sucedían en Lima en ese año?

— *No sé... Yo publicaba mi libro..., por aquí se terminaba la guerra... No sé.*

— ¿Qué tipo de poesía hizo usted en sus *Heraldos negros*?

— *Podría llamarse poesía modernista. Encajaban, sí, en un modernismo español, en un sentido tradicional con lógicas incrustaciones de americanismos.*

— ¿Recuerda usted...?

Es Abril quien la recuerda:

«*Qué estará haciendo ahora mi andina y dulce Rita, de junco y capulí; ahora que me asfixia Bizancio y que dormita la sangre, como flojo coñac, dentro de mí*».

Lo ha recitado César Vallejo mal, muy mal; pero no tan mal que yo no aprecie las excelencias de esta estrofa, que revela —y más si se la mira con el sentido histórico de su fecha— un auténtico fino poeta. En ella veo, por lo pronto...

— Veo por de pronto, amigo Vallejo, algo importantísimo en un poeta y sin cuya condición no me interesan ni los poe-

tas ni los prosistas ni las locomotoras; la precisa adjetivación: «flojo coñac».

— *La precisión —dice Vallejo— me interesa hasta la obsesión. Si usted me preguntara cuál es mi mayor aspiración en estos momentos, no podría decirle más que esto: la eliminación de toda palabra de existencia accesoria, la expresión pura, que hoy mejor que nunca habría que buscarla en los sustantivos y en los verbos... ¡ya que no se puede renunciar a las palabras!...*

— En *Trilce*, por ejemplo, ¿puede citarme algún verso así? Vallejo busca en su libro que yo he traído al café, y elige lo siguiente:

«La creada voz rebélase y no quiere ser malla, ni amor

Los novios sean novios en eternidad.

Pues no deis 1, que resonará al infinito.

Y no deis 0, que callará tanto,

hasta despertar y poner de pie al 1».

— Muy bien. ¿Quiere usted decirme por qué se llama su libro *Trilce*? ¿Qué quiere decir «Trilce»?

— *Ah, pues «Trilce» no quiere decir nada. No encontraba, en mi afán, ninguna palabra con dignidad de título, y entonces la inventé: «Trilce». ¿No es una palabra hermosa? Pues ya no pensé más: «Trilce».*

— ¿Cuándo llega usted a Europa, a París, Vallejo?

— *En 1923, con Trilce publicado el año anterior.*

— ¿Usted no conocía a los modernos poetas franceses?

— *Ni a uno. El ambiente de Lima era otro. Había alguna curiosidad; pero concretamente yo no me había enterado de muchas cosas.*

— ¿Cómo pudo usted hacer ese libro entonces, ese libro que, incluso como poesía verbalista, pregona conocimientos de toda clase?

— *Me di en él sin salto desde los Heraldos negros. Conocía bien los clásicos castellanos. Pero creo, honradamente, que el poeta tiene un sentido histórico del idioma, que a tientas busca con justeza su expresión.*

— ¿Qué gente conocía usted en París?

— *Poca. Desde luego no busqué escritores. Después encontré a un chileno, Vicente Huidobro, y a un español, Juan Larrea.*

(Séame aquí permitido recordar a Juan Larrea, poco o nada conocido de nadie. Gran poeta nuevo. Le conocí en el Archivo Histórico Nacional, donde era archivero. Un día se despidió, abandonó la carrera y dijo que iba a hacer poesía pura a París. Dos o tres años. Se fue de París, diciendo que se iba a hacer poesía pura, y se metió en un pueblo peruano, donde, naturalmente, no se le había perdido nada. Dos años de soledad, de aislamiento. Nunca quiso

publicar sus versos. Un día se cansará definitivamente, y diciendo que se va a hacer poesía pura, llegará al limbo de los buenos poetas, donde ángeles desplumados tocan violines de sueño. ¡Gran Larrea!).

- Para terminar, amigo Vallejo, ¿obras inéditas?
- *Un drama escénico: Mampar. Un nuevo libro de poesía.*
- ¿Qué título?
- *Pues...* Instituto Central del Trabajo.